

# El humanismo integral según el papa Francisco

Paul Valadier, SJ

E-mail: paul.valadier@jesuites.com

Recibido: 9 de diciembre de 2019

Aceptado: 12 de enero de 2020

RESUMEN: En su carta encíclica *Laudato si'*, el papa Francisco se refiere a “un humanismo integral”. ¿Qué significa esta expresión? Debemos aclarar su significado para evitar hacer una lectura equivocada integrista, derivada de la defensa de estrechos principios. El papa Francisco contribuye a una interpretación del humanismo, ampliado al servicio de la *casa común* y, por tanto, del *bien común*.

PALABRAS CLAVE: *Laudato si'*; ecología integral; humanismo; antropocentrismo.

## Integral humanism according to Pope Francis

ABSTRACT: In his encyclical letter *Laudato si'*, Pope Francis refers to “an integral humanism”. What does this expression mean? We must clarify its meaning to avoid making a fundamentalist misreading, derived from the defense of narrow principles. Pope Francis contributes to an interpretation of humanism, extended to the service of the *common home* and, therefore, of the *common good*.

KEYWORDS: *Laudato si'*; integral ecology; humanism; anthropocentrism.

### 1. Introducción<sup>1</sup>

Invocar el humanismo, es decir, la filosofía que asume la defensa de la humanidad, de lo humano, no es una tarea cómoda. Podríamos

recordar ahora las objeciones de Martin Heidegger cuando afirmaba que “el humanismo no concibe la *humanitas* del hombre lo suficientemente alta”<sup>2</sup>, ya que según

<sup>1</sup> Este artículo, aparecido en la revista *Études* (noviembre 2019), ha sido traducido y adaptado por Josep Maria Margenat, SJ.

<sup>2</sup> M. HEIDEGGER, *Lettre sur l'humanisme* (fecha en 1946. Edición bilingüe de Roger Munier, 1957) Aubier-Montaigne, París 1964, p. 71, en la que recupera algunas objeciones presentes en *Sein und*

el filósofo alemán el humanismo se pensaba desde el olvido del Ser y, por tanto, desde la perspectiva de la metafísica tradicional. Por el contrario, la objeción dominante actual proviene de los horizontes de la ecología y de la protección del entorno; una insistencia demasiado unilateral en la excepción humana y, por consiguiente, en la especificidad y originalidad de la especie en relación con el cosmos y otras especies animales, sería el origen de la devastación del planeta y del saqueo de sus recursos naturales en beneficio de una dominación incontrolada que llevaría en realidad a su propia destrucción.

De esta manera, defender el humanismo aparece como tarea especialmente difícil si se tiene en cuenta otra objeción, no tan diferente de la precedente, aunque nacida en otro horizonte: el anuncio de la muerte del hombre, una abstracción pasajera y transitoria que debe ocultarse ante las estructuras informales, pues solo ellas permiten dar cuenta sin unilateralismos de la realidad. En perspectiva ecologista, se nos dice que hoy pagamos las excesivas pretensiones del humanismo, mientras que para los pensadores de la muerte del hombre (Michael Foucault o Clau-

---

*Zeit* (1927). (Hay traducción castellana, Alianza, Madrid 2013).

de Lévi-Strauss) esas pretensiones encuentran su raíz en el pensamiento ciego a partir del hecho de que en suma la humanidad ignora su precariedad y su insignificancia. Luego, ¿puede aún protegerse al hombre de la humanidad, sin exaltarlo ni subestimarle en ningún caso?

Nos detendremos aquí en el pensamiento del papa Francisco quien, fiel por otro lado a las enseñanzas del catolicismo, no renuncia a valorar a la especie humana, pero no se ciega sin embargo ante las consecuencias nefastas de la excesiva valoración sobre su lugar en el conjunto del cosmos. Partimos, para ello, de la carta encíclica *Laudato si'* de 24 de mayo de 2015, un texto que adelanta la defensa de lo que puede llamarse humanismo integral, con un subtítulo muy significativo: "sobre el cuidado de la casa común". ¿Qué significa esta expresión, por otra parte, que formó parte del título de una obra notable de Jacques Maritain de los años treinta<sup>3</sup>, pero a la que el Papa da una interpretación original?

---

<sup>3</sup> La preocupación de Jacques Maritain era más política, como muestra el subtítulo de *Humanisme intégral* [1936]: *Problèmes temporels et spirituels d'une nouvelle chrétienté* (en *CŒuvres complètes*, Éditions universitaires, Friburgo 1984, t. VI, pp. 291-634). Para el Papa no se trata de la 'cristiandad'.

### 2. Una mirada inquieta

No se trata de una intervención intemporal, sino largamente madurada y fruto de amplias consultas a expertos de todo tipo, en la que el Papa asume el conjunto nuclear de los desafíos actuales de la humanidad. El Papa lanza un grito de alarma ante una situación global que suscita preocupaciones profundas sobre el estado del planeta, sobre las perturbaciones climáticas en el origen de una serie de desastres que cuestan vidas humanas, sobre las desigualdades económicas y sociales que derivan de los desastres naturales como sequías e inundaciones, o de la impotencia política, como la corrupción, la opresión y otras formas de laxitud, en resumen, ante una situación global que impone una movilización, que el Papa siente que debe emprender.

De esta manera, Francisco se sitúa lejos de los 'escépticos del clima' y de todos aquellos para quienes el cambio climático es pura propaganda. El contexto de esta carta es la preocupación, como lo indica claramente el título, de cuidar la casa común; si es necesario salvaguardar esa casa, es porque existe una amenaza y, si es nuestro planeta como una casa común, significa que esta situación no concierne sólo a ciertos pueblos, regiones

o regímenes políticos, sino a toda la humanidad y también significa que debemos avisar enérgicamente, porque la toma de conciencia no acompaña y la inconsciencia o el sopor dominan las mentes (LS 105), tanto entre los líderes como entre los propios pueblos. No hay humanismo sin un vigoroso llamamiento para que el hombre no se pierda ni se deje distraer por amenazas a menudo ocultas, aunque muy reales.

Por lo tanto, debemos salvar al hombre de sí mismo, sus silencios, sus cegueras o su torpeza (LS 79). Salvarlo, es decir, espabilarlo ante su peligrosa situación, porque se trata de su vida y de su supervivencia, pero salvarlo de las terribles interpretaciones, mencionadas anteriormente, y salvarlo de aquellos que parecían alegrarse por la muerte del hombre, porque lo que está en juego no es sólo algo intelectual o abstracto, sino muy concreta y urgentemente nuestro futuro común inmediato. Éste debe superar la queja por una supuesta muerte del hombre, pues la actual amenaza trata de saber si aceptamos, o no, nuestra desaparición. Esta muerte no es una conclusión intelectual o abstracta, no es un simple juego espiritual, sino el fruto de nuestra propia resignación o nuestra ceguera.

Debemos oponernos también al fatalismo de aquellos que creen que el hombre moderno solo puede esperar el deterioro, la decadencia y finalmente la desaparición. De esta manera, y sin decirlo explícitamente, el Papa se opone a las teorías del determinismo de la decadencia, para las que Heidegger, entre otros, ha puesto las premisas intelectuales: olvidando el Ser, la modernidad sólo podría permanecer prisionera de la dominación técnica de los 'seres' y se degrada a la insignificancia o la barbarie. Hannah Arendt, como excelente discípula al menos en este punto, analizó en *The Human Condition* (1958) no solo el final del reinado de la contemplación, sino la progresiva esclavitud del hombre a lo que esta autora llama *animal laborans*, es decir, un consumo sin horizonte y el mantenimiento de la vida biológica. Sin duda, Arendt lamentaba este destino de la humanidad, pero sin ofrecerle salidas ante esta tragedia. La filósofa teorizó el colapso humano acabando como una 'bestia de carga'. Salvar al hombre implica también salvarlo de las teorías que lo menosprecian y lo esclavizan con el pretexto de reconocer su *humanitas*, como Heidegger pretendía erróneamente.

El Papa no ignora que estas teorías pueden basarse, para contradecir-

las, en ideologías que a su vez han dominado el mundo moderno y lo han configurado en sus estructuras esenciales. Las tesis sobre la decadencia son la contraparte de las que ensalzaron una especie de prometeísmo, persuadido de que, por medio de la tecnología y la ciencia, el progreso continuado conduciría a un mundo de prosperidad, de paz y de comprensión entre los pueblos. Estas teorías dejaron creer que no había límite para la libertad humana y su control sobre la naturaleza, de modo que los hombres pudieran dominar la naturaleza impunemente y explotarla, como uno lo haría con un capital inagotable (LS 6, 106). Este rechazo de los límites condujo a la desmesura, tan temida por la antigua sabiduría de los griegos y que llevó a la idea de que todo es materia explotable, utilizable y, por lo tanto, relativo, sin valor propio. Y aquí el Papa no deja de referirse al utilitarismo que predomina en muchos y constituye "el paradigma tecnocrático dominante" (LS 107). Tal utilitarismo no solo devalúa los objetos, sino que con la misma lógica llega a considerar a algunos seres humanos como desperdicios, deshechos, seres inútiles y, por lo tanto, sin valor. Entonces presenciamos no solo una degradación de la naturaleza, sino una degradación de los hombres mismos, o de aquellos

(ancianos, discapacitados, pobres, marginales, etc.) que no tienen valor o éste es prescindible<sup>4</sup>. El antropocentrismo moderno (LS 115) evoluciona hacia el desprecio por lo real, ya sea natural o humano. El seductor proyecto de progreso indefinido, que durante siglos ha impregnado tantas mentalidades, ha evolucionado hacia lo contrario. La denuncia es radical y ha de ser minimizada: la crítica teórica implica una preocupación real por el futuro humano.

También debemos tener en cuenta que, a diferencia de Juan Pablo II, Francisco no concluye que de este prometeísmo deriven casi inevitablemente regímenes totalitarios<sup>5</sup>, o que la dominación de la naturaleza conduzca a la dominación política ('gulags' o campos de concentración). Tampoco sigue las conclusiones de los sociólogos de la primera Escuela de Frankfurt, Max Horkheimer o Theodor Adorno, quienes denunciaron en el reinado

de la "Ilustración" (*Aufklärung*) las señales que avisaban de la barbarie totalitaria...<sup>6</sup>. En otras palabras, su advertencia es mucho más amplia: el prometeísmo amenaza la supervivencia humana y comienza a hacerlo con los más débiles y los más pobres. Pero, finalmente, la amenaza nos concierne a todos, a través de epidemias, hambrunas y cambios climáticos, o por la angustia existencial que estos fenómenos provocan. De ahí nace la preocupación sensible, visible en este texto, que, sin embargo, nace en reacción contra el derrotismo al que conduce.

### 3. Una mirada de esperanza

No cabe ignorar la intención general de esta encíclica, esencialmente su mensaje de esperanza. En primer lugar, porque a los ojos del Papa, el hombre siempre se puede convertir, ningún destino es inevitable u oculto. Nunca es demasiado tarde para corregir los errores y salir de los callejones sin salida donde uno se ha extraviado. De esta manera, el Papa se encuentra a una distancia extrema de la línea heideggeriana, que postula una especie de fatal decadencia, así como se mantiene a distancia de

---

<sup>4</sup> La lectura del filósofo ético utilitarista Peter Singer muestra que la objeción puede apoyarse en tesis efectivamente defendidas con éxito y pública acogida. Véase *Questions d'éthique pratique* [1993] Bayard, París 1997.

<sup>5</sup> Entre otros muchos textos, en *Evangelium vitæ* (1995) de Juan Pablo II se dice que, como consecuencia del relativismo moral actual, "la democracia, a pesar de sus reglas, va por un camino de totalitarismo fundamental" (EV 20).

---

<sup>6</sup> M. HORKHEIMER, *Éclipse de la raison* [1947], Payot, París 1974.

los catastrofistas que prevén el fin del planeta, su ruina inminente o el colapso que nos haría imposible la vida; el Papa tampoco se adhiere a la posición de quienes piensan que es demasiado tarde para actuar. Esta posición del Papa se basa obviamente en la idea cristiana de que el camino de conversión es posible siempre, que el mayor pecador puede cambiar, aunque es de notar que este vocabulario del pecado no domina en el texto, de modo que la redención, incluso temporal, sigue abierta, lo que hace pensar en la expresión del tiempo mayor que el espacio (LS 36). A primera vista extraña, esta idea implica que, mientras el espacio supone control y dominación, lo típico de la modernidad prometeica, el tiempo abre al futuro, obliga a prever y anticipar, pero no está en nuestras manos. El tiempo abre posibilidades y sugiere un futuro. Una idea del estilo implica ir más allá de lo inmediato (LS 36, 178), que uno no se deja aplastar por los problemas actuales ni envolver por el «preceptismo». Hay futuro, pero es necesario verlo. Esta afirmación antropológica está evidentemente respaldada por la propuesta cristiana de la esperanza de una transformación del yo y, por lo tanto, de una reacción redentora contra la inevitabilidad del mal o la muerte. Esto se aplica no sólo a

los individuos, sino a la humanidad en su conjunto.

Esta esperanza no exige, sin embargo, una revolución, una transformación radical e inmediata de las relaciones con la naturaleza o entre los hombres, pues no vive con la ilusión mágica y la razón loca que se consideraría autorizada para tales radicalidades. Por el contrario, la encíclica sorprende por su preocupación al proponer soluciones concretas, accesibles, inmediatamente aplicables, al alcance de todos y de cada uno. De ahí otra expresión característica y llamativa, según la cual 'menos es más' (LS 222). Pues la preocupación por las cosas simples lleva a las transformaciones a largo plazo. De ahí la sorprendente insistencia en un texto pontificio sobre la importancia del agua, el medio ambiente y el urbanismo, los jardines o parques, el clima, los animales en su diversidad (LS 32). De ahí la insistencia también en la idea de que tales transformaciones no deben sólo esperarse de las instituciones políticas o internacionales, que también tienen su papel, sino de cada uno, donde está y como puede (¡y puede mucho!), para el cuidado de la 'casa común'. Ayudar a la humanidad a salir del estancamiento en que se ha encerrado está al alcance de todos. De ahí un documento dirigido a todos,

de todas las edades, de todas las condiciones, de todas las creencias religiosas, y no sólo a los responsables del destino de este mundo.

Pero si los gestos externos aparentemente pequeños importan, el Papa insiste también mucho en las actitudes internas que hay que adquirir y ejercitar; los comportamientos deben basarse en una espiritualidad, es decir, en una actitud fundamental llamada 'sobriedad' que es la moderación en el uso de las cosas. El Papa no predica la abstención total, el rechazo sospechoso ante el consumo, y menos aún las técnicas o las ciencias, sino que más bien invita a una sabiduría para su dominio humano. Por ello, pide una educación moral y espiritual, un comportamiento interior en relación con el mundo. No podemos olvidar que el gran referente de toda esta encíclica es la persona de San Francisco de Asís (LS 10): un modelo de desapego, gentileza y ternura, no de rechazo hacia las realidades sensibles, que él siempre admiró, amó y alabó. Se trata, pues, de cuidar una sabiduría que va mucho más allá de la receta práctica que pueda proporcionar una ecología convencional.

Por ello, el Papa se dirige a todas las religiones, a todas las sabidurías y a todas las espiritualidades (LS 63). La actitud justa, fruto de la

conversión, no es exclusiva de los católicos, incluso si tienen una tarea específica que es propia, incluso si la religión debe movilizarlos de manera particular y urgente. Es necesario poner en juego todos los recursos espirituales de los que los seres humanos somos herederos y, por ello, la llamada del Papa se dirige a todas las religiones, porque las apuestas son comunes, ninguna exclusiva de una creencia o el fruto de una ideología particular

“Si tenemos en cuenta la complejidad de la crisis ecológica y sus múltiples causas, deberíamos reconocer que las soluciones no pueden llegar desde un único modo de interpretar y transformar la realidad. Es necesario también acudir a las diversas riquezas culturales de los pueblos, al arte y a la poesía, a la vida interior y a la espiritualidad. Si de verdad queremos construir una ecología que nos permita sanar todo lo que hemos destruido, entonces ninguna rama de las ciencias y ninguna forma de sabiduría puede ser dejada de lado, tampoco la religiosa con su propio lenguaje” (LS 63).

Por lo tanto, el Papa no afirma tener la clave de las soluciones solo, sino que pide una convergencia de todas las sabidurías disponibles para la humanidad. Por lo tanto, cree en el vigor y la relevancia de estas sabidurías, lejos de

considerarlas obsoletas, irrelevantes o muertas. Y analizar durante mucho tiempo cómo las historias bíblicas, el mensaje evangélico, la tradición de la Iglesia traen su contribución a esta apertura de la mente y la razón común.

#### **4. Una mirada universal**

De lo anterior cabe adivinar que la humanidad defendida por el papa Francisco no implica una mirada parcial o unilateral sobre lo humano. El hombre en cuestión no es una mente pura o una razón que lo distinga del resto de las creaturas, lo que lo convertiría en una excepción, remitiendo todo el resto a su insignificancia, de donde otra fórmula característica de este texto, según la cual “todo está conectado” (LS 42, 157). Ciertamente, el cristianismo ha jugado un papel esencial en una ‘desmitificación’ de la naturaleza: ha expulsado a los dioses y los poderes oscuros; ha destruido el enfoque mágico del mundo y, por lo tanto, ha hecho posible el nuevo enfoque científico, riguroso y ‘objetivo’ sobre lo real (LS 78); de hecho, el cristianismo puso a la humanidad ante la posibilidad de administrar el cosmos. Pero la sabiduría bíblica nos enseña que el hombre no es más que un administrador, dotado por el Creador para la tarea

de dominación sabia de las cosas, someténdolas a una ley que es de medida y ordenación para el bien de todo, no para la explotación demiúrgica o prometeica de la naturaleza. Un gerente se ocupa y cuida los bienes que se le confían, pero no los saquea. Por otra parte, el texto habla de ‘creación’, más que de naturaleza, probablemente para evitar los terribles efectos de un antropocentrismo despótico (LS 68), el mismo que presidió y aún preside la empresa utilitarista moderna.

El término ‘creación’ postula un Creador del que todo depende y que ha dado una vocación a su criatura para cuidar los dones que se le hacen, no para destruirlos. En este punto, el Papa responde a las críticas hechas contra el judaísmo y el cristianismo, acusados de haber abierto el camino a una ‘excepción humana’, en el desprecio de lo creado, y por lo tanto haber favorecido la explotación salvaje de la naturaleza. El hombre no está separado, ni es falsamente superior, está arraigado en el cosmos, pero debe desempeñar su papel de sabio dominio porque, una vez más, “todo está relacionado”, por lo que su destino no se decide sin el compromiso y la conexión con todas las cosas. El ser humano prepara su propia destrucción cuando destruye el medio ambiente y

destruye la naturaleza. Por eso, en este punto es posible hablar de *humanismo integral*, es decir, preocupado por el conjunto de lo real, consciente de la complejidad y del vínculo de cualquier realidad con cualquier otra.

Debemos evitar las malas interpretaciones del término 'integral', ya que la palabra puede dar lugar a lecturas "integristas", extremistas y falsamente globalizadoras. En la encíclica, además, se usa la expresión a partir de Francisco de Asís y en un contexto de admiración por la belleza y extraordinaria variedad de la creación. El santo de Asís

"es el ejemplo por excelencia del cuidado de lo que es débil y de una ecología integral, vivida con alegría y autenticidad (...). En él se advierte hasta qué punto son inseparables la preocupación por la naturaleza, la justicia con los pobres, el compromiso con la sociedad y la paz interior" (LS 10).

En ese texto, todo se opone a una lectura integrista 'estrecha', formada por un conjunto de principios o preceptos indiscutibles. Sin embargo, el 'integralismo'<sup>7</sup> evocado

---

<sup>7</sup> En la traducción castellana hemos diferenciado, lo que no siempre es obvio, entre "integrismo" en sentido estricto, como lectura estricta y reductiva, e "in-

tegralismo" como lectura incluyente e integradora. (N. del t.)

en la encíclica es el de la amplitud de visión y de espíritu y capacidad de la admiración ante la belleza del mundo, inseparable de la preocupación por los más pobres y de la contemplación. Lleno de gratitud y cuidando las vulnerabilidades de todo tipo, las humanas ciertamente y también las naturales.

Debería ser asimismo evidente que este humanismo integral es el de la "casa común", por lo tanto, del "bien común" (LS 156), que, o bien es compartido por y para todos, o bien es destruido e ignorado. Aquí nuevamente la mirada se ensancha, no es exclusiva, sino amplia. "Esto provoca la convicción de que, siendo creados por el mismo Padre, todos los seres del universo estamos unidos por lazos invisibles y conformamos una especie de familia universal, una sublime comunión que nos mueve a un respeto sagrado, cariñoso y humilde" (LS 89), porque "un sentimiento de íntima unión con los demás seres de la naturaleza (no es real), si al mismo tiempo no hay ternura, compasión y preocupación por los seres humanos en el corazón" (LS 91). A este respecto, no subrayaremos nunca bastante el tono hacia las criaturas divinas, ni dogmático, ni imperativo, sino

---

tegralismo" como lectura incluyente e integradora. (N. del t.)

ameno y dulce, que marca este texto. La exigencia de respetarlas no proviene de un deber, de un imperativo categórico impuesto arbitrariamente a nuestra voluntad obediente, sino de la comunión a la que todos somos llamados y que, por tanto, concierne a cada uno en primer lugar. El respeto de la creación requiere el respeto por uno mismo, parte esencial de la creación.

También entendemos por qué el Papa invoca un principio esencial en el mensaje del catolicismo, la idea del bien común que, con el Concilio Vaticano II, define como “el conjunto de condiciones sociales que permiten a ambos grupos y a cada uno de sus miembros, para alcanzar su perfección de una manera más total y fácil” (LS 156; GS 26). La definición dinámica, que implica objetivos a perseguir, más que un principio formal a respetar, de la idea del bien común implica, por lo tanto, reflexión, investigación, debate, apertura a la complejidad de los datos para descubrir e inventar cómo lograr, en la medida de lo posible, la perfección de los hombres.

También debe pensarse el ‘integralismo’ al convocar debates y discusiones como los que a menudo mencionados en la carta. Éste es un punto central del pensamiento del papa Francisco sobre la teolo-

gía moral. Fiel a la tradición ignaciana, Francisco da gran importancia al discernimiento, que siempre ante las decisiones tiene en cuenta la complejidad de los parámetros. Sin ignorar la importancia de los principios, la atención al discernimiento parte de que, si sólo se tienen en cuenta estos, se llega a decisiones erróneas, sesgadas y peligrosas para las personas. “En toda discusión acerca de una iniciativa, deberían plantearse una serie de preguntas para discernir si la misma contribuirá o no a un verdadero desarrollo integral: ¿Para qué? ¿Por qué? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿De qué manera? ¿Para quién? ¿Cuáles son los riesgos? ¿A qué coste? ¿Quién paga los costos y cómo lo hará?” (LS 185). Múltiples preguntas sirven para evitar las falsas evidencias como recurrir sólo a la rentabilidad (LS 187), y dan prioridad al “principio de precaución” (LS 186), puesto que para una “economía en diálogo” (título de la cuarta parte), interesan, sobre todo, debates amplios y búsquedas de consensos difíciles (LS 188).

El mismo enfoque moral puede encontrarse en otros lugares para cuestiones diferentes de las del medio ambiente. Importa destacar hasta qué punto esta perspectiva difiere de la encíclica *Veritatis splendor* del papa Juan Pablo II

(1993) que se presentaba como la única posible para el catolicismo. El papa Francisco da validez a una tradición moral respetuosa de lo real, de su riqueza, de su complejidad, al mismo tiempo que subraya hasta dónde la búsqueda compleja de la verdad sobre ella misma y sobre las cosas debe educarse.

El humanismo integral según el papa Francisco es lo opuesto a un repliegue antropocéntrico de la humanidad sobre sí misma. Es, por el contrario, apertura a la riqueza y la complejidad de lo real, contra todo el unilateralismo que ha llevado a la humanidad a los actuales peligros. Esto es aún más claro cuando uno observa cuánto insiste el Papa en la *belleza del mundo*, signo de la grandeza de Dios (LS 80). “Todo el universo material es un lenguaje del amor de Dios, de su desmesurada ternura por nosotros. El suelo, el agua, las montañas, todo es una caricia de Dios” (LS 84). “El mundo es más que un problema por resolver, es un misterio hermoso que contemplamos en la alegría y la alabanza” (LS 11). Nuevamente, Francisco de Asís es el inspirador, pero más allá está comprometida toda una filo-

sofía de la grandeza de la creación, una grandeza que no está acabada de una vez por todas, sino siempre nueva. Si podemos convertirnos, como dijimos anteriormente, es porque el universo deseado por Dios no está completo. “El Espíritu de Dios ha llenado el universo de potencialidades que permiten que, del corazón mismo de las cosas, algo nuevo pueda surgir” (LS 80). Incluso si “el ser humano presupone procesos evolutivos, también implica una novedad que no es completamente explicable por la evolución de otros sistemas abiertos” (LS 81).

Fruto de la evolución, el ser humano puede y debe seguir evolucionando, transformando así en un bien superior incluso el mal provocado. Dios no abandona a sus criaturas. La “presencia divina que asegura la permanencia y el desarrollo de todo ser “es la continuación de la acción divina” (LS 80, citando a santo Tomás de Aquino). Por lo tanto, si esta encíclica representa una alarma ante los desafíos de nuestra ‘casa común’, es aún más un mensaje de esperanza: si la humanidad quiere y con la fuerza de Dios, puede librarse de sus errores e ir hacia su plenitud. ■

# «IMAGINANDO...» (Ej 53)

Sobre el ojo de la imaginación ignaciana

**Eduard López Hortelano, SJ**

Un estudio que trata del gran valor que «la imaginación» tiene en la experiencia teológica y espiritual de quienes realizan los Ejercicios Espirituales de san Ignacio.

Este libro ofrece la posibilidad de comprender y profundizar en la actividad imaginativa en los Ejercicios Espirituales mediante la figuración (formación de imágenes mentales a partir de la composición de lugar y de los puntos), la abstracción (los coloquios) y el discernimiento (examen y reglas).



---

## «IMAGINANDO...» (Ej 53)

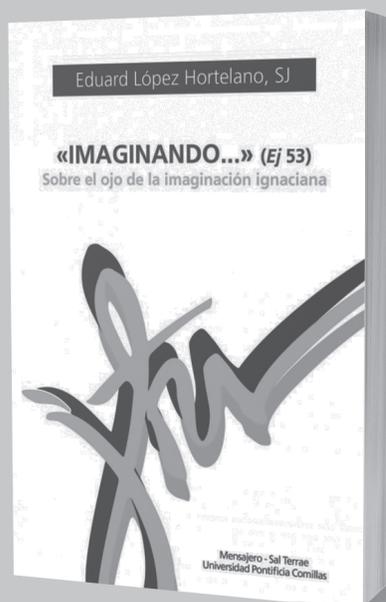
Sobre el ojo de la imaginación ignaciana

**Eduard López Hortelano, SJ**

ISBN: 978-84-8468-818-1

Universidad Pontificia Comillas,  
Mensajero - Sal Terrae, 2020.

---



**SERVICIO DE PUBLICACIONES**

edit@comillas.edu

<https://tienda.comillas.edu>

Tel.: 917 343 950